

parte, pues mientras sus ejércitos eran vencidos donde quiera, Sigeberto triunfante llegaba á Paris.

La traición sin embargo velaba con su cobarde encono cerca del vencedor; y mientras Sigeberto era alzado sobre el escudo en la asamblea de Vitry, la mano aleva de un sicario, pagado por Fredegunda, le arrancaba la existencia.

Tan horrible atentado derramó nueva y mas amarga hiel en el corazón de Brunequilda, cuya desesperacion no tuvo límites, al ver completamente desordenado el ejército de su esposo, y al quedar ella prisionera con sus hijos, en poder de su implacable enemiga. En vano Brunequilda deseosa de tener á su lado un vengador, salido del seno mismo de la familia de Chilperico, casóse en el lugar de su prision con Meroveo hijo del primer matrimonio de su cuñado. Fredegunda hizo condenar á Meroveo al sacerdocio; le atormentó tanto que le hizo pedir la muerte; y Pretestato, Obispo de Ruan, que habia bendecido aquellas bodas, murió desterrado en la isla de Jersey, donde el puñal de Fredegunda lo hirió, estando en pleno coro, sin que ninguno osara oponérsele.

Por fortuna para Brunequilda, uno de sus hijos, que habia logrado escapar el dia de la muerte de su padre y de la derrota de su ejército, habia llegado á Metz, donde fué proclamado Rey de Austrasia, con el nombre de Childeberto II; y cuando la desgraciada viuda consiguió romper los hierros de su prision, huyó á Metz al lado de su hijo donde creyó poder gozar de unos tranquilos dias: pero muy niño todavia Childeberto para gobernar tan turbulentos Estados obró con tal lenidad, que los señores austrasianos recuperaron su audacia aristocrática, con marcado desprecio del poder real, ya emancipándose de toda dependencia, ya gobernando la Francia oriental en su provecho.

No era Chilperico, constantemente hostigado por Fredegunda, hombre que desperdiciase la buena ocasion que se le presentaba de usurpar á su sobrino sus estados; y habiéndolos invadido con poderoso ejército, tuvo Gontran que acudir en defensa de Childeberto, intimando al usurpador le restituyese lo que injustamente detentaba. La muerte

habia arrebatado sus hijos al generoso Gontran; y fué tal el empeño con que se decidió á defender los intereses del jóven Childeberto, que tomándolo en brazos en presencia del ejército y poniéndole en la mano su mismo venablo, exclamó: «de hoy en adelante, mi sobrino es mi hijo; cúbranos el mismo escudo, y defiéndanos la misma lanza».

Fredegunda sin embargo no desistia de sus propósitos. Quería el dominio absoluto de todos los estados de Clotario para sus hijos. Ya habia estermiado, entre otras muchas víctimas, á dos mugeres de su esposo, á su cuñado Sigeberto, á su hijastro Meroveo, y aun le restaba, á mas de Gontran, Brunequilda y sus hijos, el terrible Clodovico, nacido del primer matrimonio del Rey de Soissons. Afortunadamente para la familia de Sigeberto, temió mas que á ningun otro Fredegunda á este único hijastro que le restaba; y despues de fulminar terrible acusacion contra una desgraciada y supuesta maga á la que se calumnió de amores con Clodovico, amaneció éste, lo mismo que Galsuinda, muerto en su lecho.

La venda que cubria los ojos de Chilperico cayó por fin, descubriéndole la infame conducta de su esposa Fredegunda en sus infidelidades conyugales; pero advirtiéndole ésta que conocido su crimen, estaba en peligro su existencia, cuando Chilperico regresaba de la caza y se bajaba del caballo, apoyándose en el hombro de un cortesano, un asesino, pagado tambien por Fredegunda, dió fin á su vida.

Con la muerte de Chilperico tomaron mayor incremento los odios y rencores de Fredegunda contra Brunequilda y su familia. Aquella implacable muger, agitó á los nobles austrasianos para que negasen la obediencia á Childeberto: tuvo no poca parte en la usurpacion que intentó Gundebaldo; y de tal modo supo manejar la intriga, que vióse á Gontran, protector y padre adoptivo de Childeberto, abandonado hasta de los mismos eclesiásticos, de quienes se creia mas seguro.

Una política avenencia, habilmente conducida por Gontran, consiguió, sin embargo, que los señores de Austrasia prestasen su apoyo al contrariado príncipe, y que reuniendo para sostenerle un poderoso ejército, quedase reducido el usurpador Gundebaldo á encerrarse en

Cominges, donde abandonado por los mismos jefes de la revolución recibió la muerte de manos de sus mismos amigos.

Por fin pudo Brunequilda ver á su hijo gozando el disputado trono; pero los señores Austrasianos, á quienes sin cesar agitaba la influencia de Fredegunda, no cesaron de inquietarle, con lo que llegó á exasperarse de tal modo su enojo, que de justiciero trocóse en despótico y cruel, escitado su encono por Brunequilda, que solo veía en aquellos altivos magnates instrumentos del odio implacable de Fredegunda. No estaban exentos de razón á la verdad Childeberto y la hija de Atanagildo, para seguir tan severa regla de conducta con aquellos señores. Después de haberse enriquecido escandalosamente usurpando todo lo que pertenecía á sus antiguos compañeros de armas, iban apropiándose las prerogativas reales, y apoyados en sus leudos, habían convertido en perpétuos los ducados, que al principio eran electivos. Menospreciando continuamente el poder real, se entregaban á todo género de desmanes; y Childeberto no pudiendo ponerles coto, haciendo respetar su autoridad, se valía, para tenerlos á raya, de la espada de Gontran en campaña, y de los verdugos, que por donde quiera le seguían, en medio de la corte. Ejemplo de este modo de castigar ó de vengarse, propio de aquella época de verdadera barbarie, nos ofrece la muerte del Duque Magnovaldo, que asistiendo á una lidia de toros, fué convidado por el Rey á tomar parte en ella, mientras detras del confiado magnate llegaban los verdugos que hicieron rodar su cabeza por la arena. Este atentado sirvió de pretexto á una revolución promovida por Fredegunda, y sofocada con rápidas y sangrientas ejecuciones.

A cada nuevo agravio, Brunequilda que conocía perfectamente la causa de tales desmanes, sentía renacer cada vez con mas fuerza el deseo de una implacable venganza contra todo lo que mas ó menos directamente tuviese relación con la incansable perseguidora de su familia.

En vano Gontran y algunos de los magnates mas sensatos de una y otra corte, para poner término á tales desórdenes, acordaron un convenio, que se ajustó cerca de Langres, entre el mismo Gontran, Childeberto, Brunequilda y los señores Austrasianos y Borgoñones,

determinando bien distintamente las fronteras de los dos reinos; asegurando á Childeberto la herencia de su tío; cediendo Brunequilda el dote de Galsuinda; y confirmando á los leudos en el goce y herencia de las tierras recibidas en feudo de los Reyes. Apenas á la muerte de Gontran (593) ocupó Childeberto á consecuencia de este tratado los reinos de Orleans y de Borgoña, Fredegunda se presentó á pretender una parte para su hijo, volviéndose á encender la guerra y á avivarse el encono de Brunequilda, que á pesar de todos sus esfuerzos vió vencido el ejército de su hijo, y muerto á este en la primavera de su vida, á los veinte y cinco años, por un veneno, segun se aseguró entonces, preparado por Fredegunda.

Con tan terrible golpe acabó de desbordarse el mar de rencores, en que, tantos años hacia, estaba sumergido el corazón de Brunequilda. Tomando la tutela de sus nietos Teodoberto II, á quien correspondió la Austrasia, y Thierry II que obtuvo la Borgoña, ansiosa de venganza prosiguió la guerra, que á su vez agitaba Fredegunda á nombre de su hijo. La fortuna guió al principio los ejércitos de esta muger incansable: ocupó de improviso á Paris, y encontrando á los Austrasianos cerca de Soissons, animó á los soldados, corriendo ella misma con su hijo entre las filas: pero bien pronto la victoria coronó los esfuerzos de Brunequilda, y vióse vencida Fredegunda y despojado su hijo de las mejores provincias de sus estados. La esposa de Sigeberto empezaba á saborear su venganza, cuando la muerte le privó del horrible placer de gozarse en los sufrimientos de Fredegunda, pues esta después de haber vivido entre puñales, venenos y suplicios *murió en su lecho, porque Dios no castiga en la tierra*¹.

Brunequilda, mas civilizada que Fredegunda, como perteneciente á una de las razas del Norte que mejor recibieron el influjo de la cultura del Lacio, apenas se vió libre de su encarnizada rival, dedicóse á fomentar las artes, gastando sus tesoros en magníficos edificios, en abrir caminos públicos, los cuales se muestran aun por tradición en Flandes, en el Hainaut y en el Cambresis; á organizar la jurispru-

dencia y la administracion, y á reprimir á los señores Austrasianos imponiéndoles la cultura romana, «Brunequilda queria hacer con los Austrasianos y los Borgoñones del siglo vi lo que Teodorico el Grande y Carlomagno hicieron con hombres menos salvages. Mas para suavizar el carácter de los Francos, para habituarlos al orden era impotente la ley con su rigidez, y quedaba como único medio la influencia flexible y penetrante del clero. Esta refundió el pueblo franco en los dos siglos siguientes y lo preparó para el gobierno de Carlomagno ¹.» Hermosa, de claro talento y de firmeza y constancia en sus resoluciones, la altiva española tenia que escitar el encono de todos aquellos, que habiendo recibido en algun dia las instigaciones de Fredegunda, y no pudiendo resistir la civilizacion que queria imponerles, deseaban el descrédito y el esterminio de la altiva hija de nuestra patria: asi es que llegó un dia en que no respetando ni su elevada estirpe ni su ancianidad, los señores Austrasianos pagaron á cobardes ejecutores de sus designios, que se apoderaron de ella, y la hicieron marchar sola y á pié hasta las fronteras de Borgoña. Acogida por su nieto Thierry, aquel espíritu constantemente combatido y contrariado llegó al paroxismo de sus rencores, de sus pasiones y de sus venganzas: casi nos atreveríamos á decir que el cerebro de Brunequilda tan constantemente sobrecitado, cayó en ese terrible vértigo en que caen á veces las inteligencias superiores, cuando no las sostiene la virtud.

Brunequilda en el palacio de su nieto Thierry, fomentó las pasiones de este rodeándole de amantes ², para ejercer mas desahogamente su influencia: elevaba y deprimia á los patricios y á los palatinos por medio de intrigas y de venganzas; hizo desterrar á San Columbano, que amenazaba al Rey con la cólera divina, y matar á Desiderio, obispo de Viena, que aspiraba á reunir á Thierry con su legítima esposa; y deseando siempre saciar su venganza contra los austrasianos, lanzó á Thierry en lucha fratricida contra Teodoberto, en la cual

¹ Disertacion leida á la Academia Real de Metz por el Señor Hugvenin menor acerca de Brunequilda (*heroína morena*) é inserta en las actas de dicha Academia.

² *Ut regina proles ex lupanaribus videretur emergere* (Fredegario.)

habiendo vencido el primero decapitó á su hermano y luego á su sobrino apoderándose de ambos reinos; pero al dirigirse despues contra Clotario, imprevista y repentina muerte le detuvo en aquella marcha de injustificables crueldades.

La muerte de su nieto no apagó en la octogenaria Brunequilda el deseo de influencia y de mando. Pretendió que los leudos austrasianos jurasen fidelidad á uno de los cuatro hijos naturales de Thierry; pero no queriendo someterse de nuevo á aquella incansable muger llamaron á Clotario, el cual triunfó sin necesidad de combatir, y bárbaro mas que todos los que habian tomado parte hasta entonces en la contienda, degolló á aquellos inocentes niños, y apoderándose de Brunequilda la acusó de multitud de delitos delante del ejército. Declarada culpable, y sin respetar su elevada estirpe y su ancianidad, fué paseada al rededor del campo en un camello; sufriendo los mas soeces insultos de la soldadesca, y atada por los cabellos, por un brazo y un pié á la cola de un caballo furioso, despues de sufrir tan horrible suplicio, fueron arrojados sus destrozados miembros al fuego (a. 613).

De este modo terminó Brunequilda su combatida existencia: los francos vieron siempre en ella una enemiga, porque aspiraba al perfeccionamiento de sus pueblos, y trasmitieron á la posteridad su historia escrita con los mas repugnantes colores, sin tener en cuenta que la venganza y las contrariedades la condujeron á lamentables extravios. Su historia es un elocuente ejemplo de los fatales resultados que lleva consigo el abandono de la virtud, por la maldita pasion del rencor.

Brunequilda colocada en una sociedad que hubiera podido comprenderla, sin la horrible y constante persecucion de Fredegunda, acaso hubiera merecido de la historia un dictado que la engrandeciera. Arrastrada por sus pasiones, y á pesar de las grandes dotes que el historiador imparcial debe complacerse en reconocer en ella, quedó reducida á una triste celebridad, como rival de Fredegunda y perseguidora de los francos ¹.

¹ Cordemoy, Historia de Francia. Gregorio de Tours. Aimoino. Adon. Sigeberto. Gesta. Daniel y otros autores que les siguen.